

## La mediación mediterránea

Anna Coppola De Vanna

### 1-Mediterráneo

Nace, casi por casualidad, de una comparación con un mediador americano que, en el curso de un día de seminario, supervisando un roleplaying, frente a la explosión del conflicto y a los modos violentos de su expresión, intervino para invitar a las partes en conflicto a no gritar, a no gesticular, a concentrarse en los contenidos del conflicto que los enfrentaba, para encontrar una solución.

Uno de los jóvenes que actuaba en la simulación le contestó: “pero nosotros en Italia discutimos así, ...no nos interesa encontrar un acuerdo inmediatamente; ...antes que nada, debemos discutir!”.

En la subsiguiente interacción verbal, superado ya el contexto de simulación y aprendizaje, **el mediador explicaba que el problema de la diversidad provenía de las diferentes culturas, pero que eso no podía incidir en la praxis de la mediación**, que debía estar orientada a negociar contenidos, a encontrar soluciones, tal vez a través de la aplicación de la metodología del *problem solving*, satisfactorias para ambas partes.

Fue en ese momento, **frente a tanta certeza pragmática, que nació el término “mediterráneo”** para definir los modos y la peculiaridad de un modo de hacer mediación que ya se estaba desarrollando y aplicando a una tipología de conflicto y a una caracterización de las partes en conflicto, percibidas y calificadas en su esencia misma y en sus modalidades por el ámbito geográfico y cultural de pertenencia.

En el plano racional, no estaba bien en claro qué podía significar ese término, pero **en el plano emotivo eso remitía a colores, a sabores, a perfumes, a oficios de nuestra tierra mediterránea<sup>1</sup>**, reclamando - en contraste con las ideas pragmáticas para las que la mediación es una forma de negociación - el clamor de las emociones que resuenan en el ámbito de mediación y por las cuales no es posible realizar ninguna forma de *negotium*. Parecería que la rigidez de la negociación, focalizada en un concreto y pragmático objetivo, se distanciara de la fluidez de las emociones, siempre distintas, como si fueran el transcurrir del mar, planas o agitadas como las olas.

La negociación es el fin, la mediación es la *búsqueda* de este fin, es el camino hacia ninguna verdad<sup>2</sup>, porque la verdad no es otra cosa “que la

<sup>1</sup> «Por la calle había mujeres y una luz más fresca / y la percepción del mar corría los caminos»; C. Pavese, *Mediterranea*, de *Trabajar cansada*, en *Poesías*, Mondadori, Milano 1996, p. 141

<sup>2</sup> «La obsesión de la verdad, la búsqueda neurótica de la verdad [...], como todas las neurosis tiene el efecto reduccionista de limitar la aprehensión de realidad que es accesible, en cambio, en un régimen intelectual a media luz, en el que se entrecruzan luz y sombra, actividad y pasividad, conocimiento y

falsedad misma que se nos hizo tan familiar como para ser tomada por lo verdadero”<sup>3</sup>.

Entonces, “mediterránea”: porque nuestra sensibilidad<sup>4</sup> se adapta mejor a la que se define como **“modernidad líquida”, tan lejana de la rigidez del *nomos***, de su solidez geométrica, dura como la tierra. Y después, porque **este mar** que siempre tuvimos frente a nuestros ojos **vuelve a ser un símbolo**: su posición de **mediación entre los pueblos** podría ser una garantía contra la deriva de los continentes, contra el encerrarse de cada uno de ellos en la repetición engeguecedora de las propias virtudes. Quien coloca su propio centro en los límites, sabe que cada entendimiento es frágil y puede imprevistamente darse vuelta, sabe que se apoya en cimientos de agua, móviles e inconstantes como los vientos: puede solamente contar, en el interior de su inquieto metabolismo, con **un equilibrio y una atención por la *mesura* que vienen de lejos y están depositados ya en la enseñanza de la tragedia**”<sup>5</sup>. El Mediterráneo es el **símbolo mismo del encuentro con el Otro**, su especificidad y su genio nacen justamente de su función de continua mediación entre culturas diversas, Oriente y Occidente, Árabes y Latinos, cristianos y musulmanes: aquí está su **verdadera riqueza, en el intercambio, en la mezcla, tal vez violento, pero siempre dialéctico y nunca estático**. O como dice Edgar Morin: “Buscando y reencontrando aquella que yo llamo “la Esencia profana” del Mediterráneo. (...) En la apertura, en la comunicación, en la tolerancia y en la racionalidad (...): nos debemos “remediterranizar” como **ciudadanos de la comunicación, del contacto pero también de la complejidad**. La única religión que debemos sentir en nosotros es aquella que nos une –profundamente– los unos a los otros. Y hará falta **liberarse de los complejos hacia el Norte que ha hiper-desarrollado su modelo de pensamiento reduccionista, cuantitativo, disyuntivo**: está hecho para regir sólo la *prosa* de la vida. Pero, la *prosa* hace sobrevivir; la *poesía* es, en cambio, vivir”<sup>6</sup>. Y como no estar sugestionados por las palabras de Morin, no sentirlas así cerca de nuestro trabajo, todos los días enfrentándonos con la supervivencia, cuando en cambio –con todo el esfuerzo de nuestros conocimientos– buscamos el vivir pleno de las emociones. **Dos paradigmas enfrentados, prosa y poesía de la vida, *problem solving* y lentitud, gestualidad, morosidad, un aparente perderse en cuestiones de poca importancia...** **(*lentitud de la burocracia, darle “vueltas a las cosas”*)**

Y la vitalidad de los pueblos mediterráneos, su confusión tan estigmatizada en aquella ocasión del seminario, me parecía que tomaba en

---

misterio, orden y caos. Hay un juego o un proceso mutuo entre estos términos alternativos y su trenzado constituye la trama del conocimiento.» A.G. Gargani, El filtro creativo, Laterza, Roma-Bari 1999, p. 24.

<sup>3</sup> G. Lasala, La maldad de la obra (del mundo). Leopardi o del sublime imposible, Graphis, Bari 1998, p. 58.

<sup>4</sup> Sobre el tema ver F. Cassano, El pensamiento meridiano, Laterza, Roma-Bari 1996

<sup>5</sup> F. Cassano, Mediar las tierras, in Partida doble, il Mulino, Bologna 1993, p. 144 (bastardillas mías).

<sup>6</sup> Morin, Nuestra salvación en el Mediterráneo, entrevista de Sergio Frau ad Edgar Morin, en «La Repubblica», 28 diciembre 2000 (bastardillas mías).

cambio un aspecto fundamental: aquello que parecía indicado como inútil o que desvía respecto al logro de un objetivo –el acuerdo entre las partes- era en cambio el corazón palpitante. **En una visión diferente del abordaje de la mediación, permeable sobre todo al reconocimiento de las emociones propias y ajenas, mucho de nuestro trabajo se apoya justamente en aquellos intercambios en los que imprevistamente, tal vez escondidos en los pliegues de los gestos y de las palabras, afloran esos nudos nunca desatados de un sentir y un comunicar interrumpidos.** Pero sin incomodar a Lacan<sup>7</sup>, el estructuralismo nos ha enseñado que el sentido, el significado de la lengua (o de los mitos, de los sueños, o de las expresiones de las emociones) no está en el objeto, en la referencia inmediata al cual el objeto (aquella palabra, aquel gesto, aquella expresión o aquella mirada) hace referencia, sino que se esconde en el juego de las variables, en su disposición, en las formas, porque se puede decir algo que en un contexto verbal asume todo otro significado, que cambia en función del tono de voz, de la luz de los ojos, de la intensidad de la mirada o que es traicionado por un gesto. A la lógica fría del silogismo aristotélico, siempre en el intento de cerrar un mundo que se nos escapa en su imprevisibilidad, se opone la capacidad heurística de la poesía (metáfora del vivir mediterráneo de Morin) o de aquel conocimiento “a media luz, en que se cruzan luces y sombras, actividad y pasividad, conocimiento y misterio, orden y caos”. **El Mundo de la Vida (el Otro) es irreductible a cualquier representación totalizante**, escapa, como las corrientes marinas; la alteridad se manifiesta continuamente pero permanece inapropiable, y **la única dialéctica posible para un conocimiento abierto y en movimiento está justamente en la renuncia a la unicidad, en la mezcla de lenguas y culturas** de las que nosotros, mediterráneos, procedemos, **en el elogio de la impureza**, queriendo buscar aún más atrás en el tiempo: “en las luces y en las voces del mar, vida húmeda y antigua como cuando las primeras formas de vida a comenzaron a vivir fuera del agua, pero cercanas a ella, todavía anfibias, con una doble vida”<sup>8</sup>.

**Mediterránea es el arte de la contratación**, en cada mercado, desde Maghreb hasta las plazas de Nápoles o de Bari, diariamente experimentamos el presupuesto fundamental de cada comunicación, que, “se fundamenta en procesos más o menos largos y complejos de negociaciones y pactos entre sujetos que se comunican”<sup>9</sup>.

## 2- La posición media

La sensación más extraña, al sentarnos frente a las partes en conflicto, es que estar en el medio no es una estrategia, no es una técnica, no es una

<sup>7</sup> «El inconciente no es la sede de los instintos sino el lugar privilegiado de la palabra », en D. Antiseri, G. Reale, El pensamiento occidental desde el origen a hoy, Jacques Lacan y Estructuralismo en Psicoanálisis, vol. III, Brescia, 1992, p. 699.

<sup>8</sup> F. Cassano, Mediar las tierras, en Partida doble, el Mulino, Bologna 1993, p. 139.

<sup>9</sup> L. Anolli, Psicología de la comunicación, el Mulino, Bologna 2002, p. 3.

cualidad; por ciertos aspectos, **nos convertimos en mediadores cada vez que entramos en la sala de mediación y, sentados frente a los litigantes, buscamos la posición media.**

Puede suceder que no logremos encontrarla!

Estar allí me lleva (me recuerda) a menudo a una experiencia “antigua”; renueva el recuerdo de **cuando siendo niña ayudaba a mi madre a ovillar una madeja de lana.** La operación no era simple, pero resultaba fascinante.

Se trataba, antes que nada, de encontrar la punta de la madeja y de allí lograr enroscar el hilo para formar un ovillo.

Mientras las manos de mi madre se movían velozmente, mis brazos debían moverse siguiendo “ritmo criterio geometría”<sup>10</sup>, inclinándose ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda para acompañar el movimiento del hilo.

Conjugar movimiento y posición no era fácil; del ritmo, de la armonía, de la posición correcta de los brazos derivaba la integridad del ovillo; cada sobresalto, cada movimiento brusco, cada dificultad para posicionarse podía producir un “desgarro”. El hilo de la lana se rompía y se debía hacer un nudo; proseguir, retomar la posición, el tiempo, el espacio, mientras ese nudo quedaba, cuidadosamente escondido en el revés del tejido, recordando la dificultad al desenredar de la madeja.

Pero no se trataba solamente de una operación manual; fundamentalmente se trataba de un encuentro; una frente a la otra, dedicadas a medir y armonizar los movimientos, podíamos hacer la experiencia de un compartir, a niveles mucho más íntimos que los previstos para cumplir una actividad común, de escasa importancia.

Bien, cuando entro en la sala de mediación es un poco como sentarse en el banquito y ofrecer a los que participan en la mediación el extremo de la madeja para que puedan hacer el ovillo, mis manos se mueven ahora hacia uno, ahora hacia el otro, en alianzas temporales, facilitando la construcción del ... ovillo. También en este caso, se trata de posicionarse gradualmente, a veces dificultosamente, en el centro, o sea **en una posición que consienta pasar de una parte a la otra armónicamente**<sup>11</sup>, **tratando de hacer que no se rompa el hilo, no ya el de la lana, sino el de las emociones que van y vienen entre cada uno de ellos y yo y que, con el movimiento basculante a derecha e izquierda, terminan vehiculizadas de uno al otro, a través mío.**

Así yo siento que ser medio es un posicionamiento, un encontrarse en una zona, dejarla, reencontrarla, buscar otra, abandonarla e ir una y otra vez,

---

<sup>10</sup> V. Consolo, *Tiempo nocturno, casa por casa*, Mondadori, Milano 1992,

p. 159. En la novela de Consolo, con «ritmo, criterio, geometría» se mueven los brazos de un artesano que amasa la creta y modela jarras para el aceite: metáfora de memoria y civilización.

<sup>11</sup> En música se llama «mediante» el III grado de la escala diatónica que determina el modo mayor o menor de la escala. Es suficiente un desplazamiento de medio tono para trastornar un modo mayor (alegre, atrevido) en modo menor (triste y melancólico). El blues tiene la característica de utilizar contemporáneamente ya sea el modo mayor ya sea el menor; y justo al centro de la escala blues (la quinta disminuida) hay un tono extraño a la música blanca europea y, justo por esto, reconocidísimo: se llama la nota “blu, malincónica” y llena de esperanza al mismo tiempo.

en una continua búsqueda. Y es justamente este continuo movimiento el que impide el derrumbe de la frágil y móvil construcción, como sobre una bicicleta es solamente el movimiento lo que mantiene el equilibrio. Debemos desenredarnos (aclarar y resolver lo confuso) en el “parlamento de las almas”<sup>12</sup> que cada uno lleve adentro, **entender cual de los tantos “yo” me está hablando en ese momento porqué**, como dicen Deleuze y Guattari, **cada uno de nosotros es muchos**<sup>13</sup>. Y después **recoger y transmitir la polifonía del alma**: se es madre pero también se es mujer, amante, se es padres y maridos pero también hombres, frustrados, desilusionados, ofendidos... Gadda, grandísimo escritor, neurótico y lúcido como pocos, describe así la finta plenitud del yo, aquella que cada uno pretende custodiar dentro de sí mismo, inmutable, sólida, solitaria y regia “El yo representador-creador, visto en su solidez, y en la fijeza céntrica que es propia del aquel cavicchio que él es, circundado de un tiempo estólido e inerte, para verter luz en las tinieblas como reflector en los miedos de la noche, es *ídolo apolillado*, para mi. *Este muñeco de la credulidad tolemaica*”<sup>14</sup>.

La impresión, exultante, es aquella de no ser mediador, sino de probar serlo cada vez; la incertidumbre, la dedicación, el temor, la búsqueda de armonía, el dejar pasar y el prestar atención, todos elementos que en algún modo evocan la experiencia de mi infancia. Porque la infancia es la edad del deslumbramiento, este don dejado de lado<sup>15</sup> que demasiado seguido se pierde con la madurez, inhibiendo toda curiosidad que es la sal de la vida. Debemos reapropiarnos de esa **capacidad de deslumbrarnos, con relación a nosotros mismos y a los demás**, porque “el asombrarse es la iniciativa del acontecimiento. Nace un nuevo paradigma de verdad a través del estupor y a través del reencuentro con esta condición de la realidad como algo distinto de nosotros, respecto a la cual no debemos manifestar la actitud de dominio o de control”<sup>16</sup>.

### 3- El encuentro

Subir las escaleras que llevan al octavo piso del edificio donde está situada la Oficina de mediación llevando la carpeta, instrumento indispensable

<sup>12</sup> El «parlamento de almas» está citado en la película *Sostiene Pereira* de Roberto Faenza. El film está basado en el libro homónimo de Antonio Tabucchi (Feltrinelli, Milano 1994). De «parlamento interior» habla también A.G. Gargani: «La libertad es por lo tanto sobretodo una condición de reconocimiento del propio parlamento interior contra la tentación, de parte de alguna instancia interior, para operar aquello que en el lenguaje político se llamaría un golpe de Estado», en Gargani, *El filtro creativo*, cit., p. 17.

<sup>13</sup> Concepto presente en G. Deleuze, F. Guattari, *Rizoma*, Castelvechi, Roma 1997.

<sup>14</sup> C.E. Gadda, *Como trabajo*, en *Los viajes la muerte*, Garzanti, Milano 1958, p. 13.

<sup>15</sup> «El estupor es un tema que fue en gran parte desarrollado en el discurso de la cultura moderna, [...] a partir de Cartesio y sucesivamente en el curso del Iluminismo, del Positivismo y de las filosofías de inspiración epistemológica y científica de nuestro siglo». A.G. Gargani, *El filtro creativo*, cit., p. 18.

<sup>16</sup> *Ivi*, p. 24.

de mi vida diaria, repleta de papeles y de apuntes, pesada casi como una valija: una valija tan llena de vivencias existenciales (el bagaje no sólo de mi propia vida, sino sobretudo el de aquellas vistas y escuchadas en los años de mi profesión), una valija tan pesada que sería imposible subirla...; y , sin embargo, subir frecuentemente a pie, casi queriendo preparar un encuentro con los que están allí.

Sé que los encontraré, uno de un lado del descanso, el otro en la parte opuesta, lejanos en el espacio, verosímilmente tanto, cuanto se han distanciado emotivamente por motivo del conflicto.

Encontraré su cansancio, su esfuerzo tan similar al mío y podremos comenzar aquel largo camino que no sabemos donde llevará: otro peso, otra ropa para apilar en esa valija, que sin embargo todavía, después de tanto trabajo, logra ser liviana... Tal vez encuentro solamente las esencias, los extractos puros sublimados, evaporados, porque de lo contrario, sería imposible hacerlo, de otro modo me habría ya petrificado en los albores de mi profesión, apesadumbrada por tanta rabia, por el dolor que petrifica, y entonces hay que reaccionar justamente como Perseo, "que para cortar la cabeza de Medusa sin dejarse petrificar, se sostiene en aquello que es más liviano, los vientos y las nubes, y dirige su mirada sobre aquello que puede solo revelársele en una visión indirecta , en una imagen capturada por un espejo. (...) en este mito una alegoría de la relación del poeta con el mundo, una lección del método a seguir"<sup>17</sup>. No es una invitación sino una necesidad: el peso aplasta al suelo e impide el movimiento, y **sólo en el movimiento – condición esencial para una metamorfosis- el encuentro descubre su ratio, su razón de realizarse**. Y , hablando de *Metamorfosis*, el poema escrito por Ovidio, Calvino comenta así la tensa visión del mundo: "para Ovidio todo puede transformarse en nuevas formas; también para Ovidio el conocimiento del mundo es la disolución de la compactibilidad del mundo (...) en contra de cada jerarquía de poderes y valores"<sup>18</sup>.

En el escritorio encontraré solamente una ascética ficha con sus nombres y la naturaleza del conflicto o del reato.

Nada más.

Los conoceré mucho más, sabré de sus historias, veré bajo mis ojos la expresión de **tantas y diversas emociones y, cuanto más compartas todo esto, tanto más lejos podrán llegar ellos**.

Yo estoy allí para acompañarlos. No tengo mucho que hacer, más que abrir la valija y sacar los utensilios adecuados.

**La mediación es fundamentalmente un encuentro en el curso del cual los litigantes llegan a contactarse, más allá de sus categorías, de los roles, solamente en cuanto personas.**

El asunto es fácilmente aceptable casi obvio, pero tiene el riesgo de resultar una simple declaración de principios si no se traduce en un comportamiento del mediador **que, utilizándose él mismo como persona,**

<sup>17</sup> I. Calvino, *Lecciones americanas*, Mondadori, Milano 2002, p. 8

<sup>18</sup> *Ivi*, p. 14.

**recibe del otro** no solamente el punto de vista, sino **la expresión de una situación particular de su condición humana** de aquel momento.

**En cuanto mediador, pero sobre todo en cuanto ser humano, conozco las cosas que escucho y reconozco a que parte de mi historia personal, en que zona de mi sentir van a inscribirse, permitiéndome sentir junto al otro.**

La expresión, las más de las veces violenta, me atraviesa y va, en algún modo, a producir una resonancia ahí donde la experiencia de vida produjo algo de similar: puedo sentir, detrás de la violencia rabiosa, el dolor por la desilusión, por la traición, por la incomprensión porque de algún lado y en algún tiempo de mi existencia eso pasó: puedo haber probado un tal dolor y puedo haberlo transformado en rabia. Desde ese momento eso está allá silente o rabioso; trazo, marca como aquellas que surcan los troncos de los árboles que, si se toca, resuena o hace resonar antiguos ecos. Y, como sugiere Cassano, **“sólo a través de nuestro cuerpo egoísta y obtuso nosotros experimentamos el amor por la vida y podemos comenzar a imaginar que también otros tengan el derecho. Es nuestro cuerpo el que, al mismo tiempo, nos abre y nos cierra.** De hecho, ¿cómo es posible desear la felicidad de los otros si nunca nos ha ocurrido de experimentar la propia?”<sup>19</sup>. Es esta la resonancia, como en los instrumentos de cuerda, donde cada nota es capaz de hacer vibrar otras cuerdas sin que ellas sean tocadas: notas distintas que emanan mismas armonías, magia de nexos musicales; así **“nuestro cuerpo que, al mismo tiempo, se abre y se cierra”,** vibrando sobre las emociones del Otro a través de las propias vivencias.

**Pero el recibimiento, la posibilidad de albergar al otro, es también un espacio, es la posibilidad, por parte del mediador, de haber hecho lugar entre las propias emociones personales, para poder recibir las del otro.**

Una vez más el estar allá para recibir remite a una imagen: aquella de un viejo tronco de árbol hueco dentro del cual el viento, las hojas, el agua penetran, se entremezclan, producen sonidos y ruidos para continuar con su curso, pero no sin haber hecho sentir su “voz”, su eco.

Recibir las palabras –y sobretodo aquello que ellas revelan de la historia del otro, de los otros de enfrente- se parece, por muchos aspectos, a este hecho natural, a este evento que un número infinito de veces ocurre en la naturaleza y produce los mismos efectos, aquellos de **pertenecer a un común “universo”, pertenencia que consiente de “recibir” todo: lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, el dolor y la felicidad, la vida y la muerte, elementos de un ciclo continuo.**

Practicar la mediación es un poco como vivir la **experiencia de esta pertenencia “cósmica”,** sea diacrónicamente, en la vida y en sus transformaciones, sea sincrónicamente, en la percepción de esta inmensa, indefinible e indefinida red o, como la llama Bateson, de esta **“estructura que conecta”<sup>20</sup>,** que todo tiene, y que a todos, en algún modo, pone en relación. En

<sup>19</sup> F. Cassano, Santi e Inquisitori, in Partita doppia, cit., p. 91.

<sup>20</sup>

la post-modernidad, aun tratándose de intuiciones en algún modo ya presentes en los siglos XIX<sup>21</sup> y XX, **la relación adquiere definitivamente valor y peso ontológico: no se debe entender tanto lo que está “en” los individuos sino lo que está “entre” los individuos.** Tanto que la *información* (o sea, el principio de intercambio entre dos o más sujetos) fue el artífice de la segunda revolución industrial: “Por otra parte, es legítimo retener que la expansión de este interés (la teoría de la comunicación, N.d.A.) constituya el éxito de **la revolución del paradigma científico ocurrido en el Novecientos, en el que se asistió al pasaje del macroconcepto de energía al macroconcepto de información**”<sup>22</sup>. Y si antes decía que la práctica de la mediación es un poco como vivir la experiencia de esta pertenencia “cósmica”, lo es verdaderamente porque esta intuición filosófica y científica parece encarnarse dentro de la sala existir, y existe verdaderamente porque **hay un cambio**: dentro de ellos cambian los litigantes y, cada tanto, cambio yo también. **Cada buen trabajo lleva a una transformación de sí mismo**: cada producción convierte la forma de ser, como sucede con el alquimista cuyo fin último es la transmutación del mismo alquimista<sup>23</sup>, porque “lo que sucede en su crisol sucede también en su conciencia y en su alma”<sup>24</sup>. Y si la modalidad -intrínseca al trabajo de mediación- necesariamente “abierto” de sentir, tomar y recibir al Otro, puede en alguna forma asimilarse a la sensibilidad artística, estas palabras me parecen particularmente iluminadas: “Pedir al arte que cambie al mundo es insensato; exigir que modifique nuestra mirada del mundo es indispensable. Para romper hábitos del pensamiento y la percepción –que son nuestros límites en la posibilidad de imaginar otro mundo respecto al existente- es necesario que el artista haga un trabajo de transformación de sí mismo (...). Y es esta transformación de sí mismo que hace del arte un oficio particularmente difícil. No todos están dispuestos a aceptar la propia metamorfosis. (...) **Si el artista se modifica a sí mismo en profundidad, esto ocurre porque esta entramado en una transformación de las relaciones con los objetos, con las personas y con el lenguaje. Y nosotros estamos hechos de estas tres dimensiones**”<sup>25</sup>. Y es todavía más sorprendente este párrafo si las palabras arte-artista las sustituimos por mediación-mediador.

---

Concepto presente en G. Bateson, *Mente y natura*, Milano, 1984. El sabio-filósofo forma parte «de aquella corriente de físicos y biólogos que en los últimos decenios han promovido una revolución respecto del paradigma científico que quería una división entre espíritu y materia, subjetivo y objetivo, conciencia y cosa, mente y cuerpo». Citado por M. Tari, *Saman y las otras*, Dedalo, Bari 1996, p. 81.

<sup>21</sup> Marx, en la VI Tesis, será uno de los primeros a sostener que la esencia humana no es una abstracción inherente al individuo singular, sino que es el conjunto de las relaciones sociales. Obviamente, en el materialismo dialéctico de Marx la relación no ha todavía asumido el valor ontológico que tendrá con el estructuralismo primero, y en las filosofías deconstruccionistas luego.

<sup>22</sup> L. Anolli, *Psicología de la comunicación*, el Mulino, Bologna 2002, p. ix.

<sup>23</sup> L. Pauwles, J. Bergier, *La mañana de los magos*, Mondadori, Milano 1993, p. 149

<sup>24</sup> Ivi, p. 124.

<sup>25</sup> Andrea Inglese, *El fantasma de una tercera vía*, en «Derive Approdi», n. 15, 1997, p. 57.



Modificarse a sí mismo en la transformación de las relaciones con las personas y el lenguaje. **Es justamente el lenguaje uno de los instrumentos principales de nuestro trabajo:** en el lenguaje de los demás recogemos las sensaciones escondidas de emociones nunca elaboradas; es a través del lenguaje que nuestro continuo trabajo hermenéutico<sup>26</sup> encuentra supuestos en nuestro sentir: interpretando lo que nos cuentan los demás según nuestras vivencias en continua evolución<sup>27</sup>, nos modificamos nosotros mismos. El lenguaje no es solamente el instrumento a través del cual nos comunicamos con el mundo, sino es sobretudo el instrumento a través del cual *interpretamos* el mundo. Es el espejo de nuestro ser mas profundo, y si el inconsciente esta estructurado como un lenguaje, el lenguaje nos lo revela estructurándose a través de él: lo reencontramos oculto en los pliegues más escondidos de la sintaxis, en las elecciones del léxico, en el involuntario ritmo yámbico o trocaico que imprimimos a la frase. El lenguaje es también el espejo de nuestras estructuras mentales: es nuestra visión del mundo; la filosofía nació en un lugar y no en otro, porque fue la lengua la que favoreció la especulación (Adolf Trandelenburg afirmaba que las categorías aristotélicas fueron recabadas de distinciones gramaticales del griego)<sup>28</sup>, y a través del lenguaje, dice San Agustín, “nosotros nos aventuramos más y más en el proceloso consorcio de la vida humana”<sup>29</sup>, sin olvidar que “Muerte y vida están en poder de la lengua, los que la aman comerán de su fruto”<sup>30</sup>.

#### 4- El conflicto

“En la mediación, el conflicto te lleva a tocar el corazón mismo del sufrimiento del hombre porque cada vivencia de separación reactualiza la vivencia de la separación original.”<sup>31</sup> La separación es la intuición de la finitud: un ratón blanco (el día) y un ratón negro (la noche) lentamente, imperceptiblemente, roen la cuerda a la que estamos agarrados<sup>32</sup>. **Medir la propia finitud significa hacer la experiencia de la muerte, y de esta experiencia se abre el abismo de la palabra sustraída, de lo no decible.** Desde siempre el hombre ha buscado recomponer este desgarró: según la doctrina talmúdica de la Scechinà, Dios es inmanente al Mundo y para sentir la presencia hay que participar de esta alma indivisa; todas las otras religiones monoteístas prevén la recomposición (el reencuentro con Dios) sólo post mortem. Con Platón, y con la filosofía neoplatónica después, se cumple la

<sup>26</sup> Ermes (Mercurio), justo como Perseo viste calzado alado: ligereza y movimiento.

<sup>27</sup> «Justo con en el psicoanálisis, las creencias y las técnicas del analista modifican el relato de quien se somete al análisis». F. Kermode, *El secreto en la Palabra*, el Mulino, Bologna 1993, p. 34.

<sup>28</sup> Cfr. Lia Formigari, *El lenguaje, historia de las teorías*, Laterza, Roma-Bari 2001.

<sup>29</sup> Agustino, *Confesiones*, I, 8.

<sup>30</sup> Antiguo Testamento, Libro de los Proverbios, 18, 21.

<sup>31</sup> J. Morineau, *L'Esprit de la médiation*, Erès, Paris 1998, p. 24.

<sup>32</sup> Antigua alegoría medieval sobre el transcurrir del tiempo.

misma búsqueda *sub specie philosophiae*: para Plotino somos emanaciones del Uno, le pertenecemos también en la degradación de la materia, algo del infinito queda en nosotros. Pero en el desencanto contemporáneo el desgarrar y la separación –la expulsión del hombre del jardín del Ser- no encuentra recomposición alguna. **Y esta experiencia de la separación es aun más insoportable cuando se repite.** Puede llegar a ser una cuestión de vida o de muerte.

Cuanto mas hayamos estado en situación de elaborar y de reconocer el camino como un ciclo continuo, en el interior de un curso que va más allá de nuestra breve existencia, tanto mas sabremos recoger estas experiencias y reconocerlas como pertenecientes a la historia de cada uno de nosotros.

Y, todavía, el despegue, la distancia, **la pérdida que están en la base de un conflicto provocan un sufrimiento intolerable; el dolor se hace insoportable e injusto; la rabia crece sofocando el dolor; reaccionamos con violencia a esta experiencia de injusticia, pero no logramos a enfrentarla:** “las peleas son como los cerrojos de un Castillo”.<sup>33</sup>

## 5- El constructor de ataúdes

Los padres y G. están sentados delante nuestro taciturnos, la cabeza gacha, la expresión triste; la madre y la hija sentadas más cercanas, el padre alejado, algo periférico.

Sabremos seguidamente, que en toda la historia familiar y, sobretudo, en todo la situación del conflicto, la suya es una posición marginal.

Él es un constructor de ataúdes y pareciera estar ahí como representante de esta empresa, a la espera de recibir un encargo para un cajón de muerto.

Cuando empezamos a pedirles que hablen del conflicto la madre se explaya diciendo que G. es una joven rebelde, no escucha, se conduce mal, no va a la escuela, en el transcurso del año escolar frecuentemente se “hizo la rabona”, falsificando la firma de los padres en las justificaciones, y, cuando la descubrieron, decidieron impedirle seguir el curso escolar, dejándola encerrada en casa e impidiéndole frecuentar los lugares de reuniones parroquiales y las salidas con los amigos.

Esperan que de este modo ella comprenda la necesidad de obedecer las reglas de los padres y de comportarse adecuadamente para expresar gratitud por todo lo que han hecho por ella.

G. ni siquiera espera que le ofrezcamos la palabra para exponer las cosas desde su punto de vista, para referir que sus padres no son padres, sino carceleros y que el castigo es desproporcionado a la “travesura” cometida y que esto no es justo..

Los tonos de la voz expresan una fuerte rabia de ambas partes; el padre, invitado a hablar, se limita a decir que está de acuerdo con su esposa.

<sup>33</sup> Antiguo Testamento, Libro de los Proverbios, 18,19.

La madre está muy cansada, G. reclama gestos de afectuosidad. Tiene una gran necesidad de acogimiento, de pertenencia. “No puedo darle afecto si no me considera como madre y, por otro lado, ella rechaza mi afectuosidad, no se comporta como una hija”.

**La necesidad de reconocimiento es fuertísima, negada y ocultada a través del pedido de comportamiento conforme a los roles:** un hijo debe comportarse bien, una madre debe ser afectuosa.

Hay un grito ahogado “quiero ser tu hija”, “quiero ser tu madre!”, pero las palabras que pronuncian son exactamente lo contrario: “no eres una buena hija”, “no eres una buena madre”.

**La rabia, la agresividad son muy elevadas, percibimos en el aire el temor de la muerte definitiva de esta relación** y este temor hace siempre más ásperos los tonos del dolor.

Tratamos de salir del problema con preguntas sobre la historia previa. Descubrimos así que los cónyuges P. hace 10 años que están casados; él es carpintero y trabaja en una fábrica de ataúdes, ella es ama de casa.

Después de 5 años de matrimonio descubren que no pueden tener hijos y deciden adoptar uno.

Les proponen de adoptar dos hermanos, G., justamente y su hermano M. que está gravemente enfermo. Los cónyuges reciben a los dos niños en su hogar y se dedican con gran empeño a su curación. Las condiciones de salud de M. empeoran tanto que ellos se ocupan de su hospitalización, viven el drama de la enfermedad “olvidando” a G. El niño muere y, algunos meses después, comienzan las primeras manifestaciones del conflicto entre G. y la madre.

Las necesidades personales urgentes y no manifestadas - la de G. de pertenecer al contexto familiar y de experimentar una filiación negada por la presencia del hermano enfermo; la de la madre de reintentar de poner en acción un rol materno puesto a prueba duramente - colocan a ambas en una posición de espera, de reconocimiento de parte de la otra. La rabia por el reconocimiento faltante oculta la expresión de las demandas y vehiculiza juicios de ingratitud, de incapacidad; el dolor por la pérdida de una unión vital se vuelve insoportable: para ambas se trata de una cuestión vital. Siento que está por ritualizarse una experiencia de muerte; siento que podría no ser inevitable como las otras pérdidas que han vivido. Muchos duelos se sucedieron unos a otros: el de la conyugalidad que no evolucionó hasta la paternidad; el de la paternidad biológica faltante; el de la muerte del hijo adoptivo. Muchos duelos, muchas sepulturas, ineludibles. Frente a esta ulterior experiencia luctuosa sienten que deben impedirla: el padre está ahí, en la espera de conocer si deberá construir todavía un ataúd en el que enterrará el último lazo existencial que queda o si será exonerado de hacerlo.

**Distancia, separación, soledad, temor de la pérdida, dolor: los recibo, permito que resuenen los antiguos dolores sedimentados dentro de mí, en alguna parte; los reflejo, dándoles voz, transformo las acusaciones en demandas permitiendo el reconocimiento de la situación recíproca de sufrimiento:** madre e hija reconocen haber estado solas y

haber deseado estar juntas; haberse sentido separadas, proyectadas en el espacio infinito sin ningún punto de referencia y haber deseado compartir tiempos y espacios; haberse sentido ahogadas detrás de la máscara de una indiferencia construida y haber querido gritarle a la otra el propio sentimiento.

De aquí la **importancia de la memoria, el gran recurso, el aceite que sirve para iluminar el presente**: como la sustancia orgánica, que con el transcurso del tiempo geológico se transforma en carbono, en combustible, energía, así la historia de nuestro pasado se condensa en memoria, fuerza vital que nos sostiene, nos da sentido y nos ilumina en los trayectos del presente. Sin memoria, sin combustible, uno se queda al frío al “frío de la mente y de la afasia”<sup>34</sup>. Y a través de la memoria, la búsqueda de la historia precedente se reestablece un tiempo lineal, recuperando y trazando la profundidad. **El mediador actúa sobre el tiempo, desbloqueando el cepo que lo deshistoriza, lo convierte en circular, repetitivo y enfermo en la litis, en la repetición de los mismos cierres**, en un ciclo continuo que gira en vacío, como la rueda de un auto encajada en la arena: a veces es suficiente un roce, una pequeña cuña. **El mediador abre una puerta, porque el futuro no es el presente del mañana, sino que es todo otra cosa.**

A medida que el proceso de mediación prosigue, todos, en la sala de mediación, sienten que no será necesario construir otro ataúd.

## 6- La máscara

En la mediación podemos tener la sensación de encontrarnos frente a personas con una máscara sobre la cara. En teatro la máscara es la caracterización de un personaje<sup>35</sup>, la cristalización de un carácter inmediatamente reconocido e inmutable: es la fijación, todo lo contrario del trabajo de mediación que se basa, en cambio, en la mutación.

Llevar un máscara no es de por sí un hecho negativo: a cada uno de nosotros, en determinadas situaciones nos puede haber sucedido de enmascaramos para protegernos, para no hacernos atacar, para aislarnos .

En todos estos casos una máscara puede servir.

Con todo, podemos sin embargo correr el riesgo que la máscara nos impida respirar, quitándonos la vida, provocando la muerte.

Esto es lo que sentimos cuando tenemos frente a nosotros a personas en conflicto: sentimos que se ahogan, que tendrían ganas de gritar, pero que no lo logran.

Verlos que no viven bajo nuestra mirada es una experiencia intolerable, y el sufrimiento del mediador es tal como para posicionarlo a una distancia justa que refleje lo que está oculto detrás de la máscara, para darle voz y rostro.

<sup>34</sup> V. Consolo, *L'olivo e l'olivastro*, Mondadori, Milano 1994, p. 79.

<sup>35</sup> Cfr. B. Brecht, *Effetti di straniamento nell'arte scenica cinese*, in *Scritti teatrali*, Einaudi, Torino 1971, p. 73.

El encuentro se realiza con pocas palabras, el tono casi imperceptible, como para subrayar la necesidad del respeto, pero también del coraje, para encontrarse más allá de la máscara: el dolor es más verdadero que la rabia.

Permitir y permitirse alcanzar esta meta es posible a partir del deseo de libertad: el fruto está en la semilla; en el punto de partida, la meta. Cada uno puede tender hacia atrás o hacia adelante en la búsqueda de un equilibrio que continuamente se pierde y se reconquista. Cada uno puede “decidir” quedar preso en la telaraña de las interacciones violentas o dar voz a las emociones que liberan.

Contactarse a sí mismos, reconocer el drama que nos liga al otro (“La humana compañía,/ todos entre sí confederados estima/ los hombres, y todos abraza”)<sup>36</sup> asomarnos hacia adelante para encontrarlo o retirarse endureciéndose aún más en el silencio enemigo.

El mediador, siente que se desarrolla ante sus ojos el drama de la elección o la imposibilidad de elegir; siente que el sufrimiento, el dolor han cementado las almas<sup>37</sup> haciéndolas incapaces de cualquier empuje vital (“El viaje finaliza aquí:/ en las curas mezquinas que dividen/ al alma que no sabe más dar un grito./ Ahora los minutos son iguales y fijos/ (...)/ Tú preguntas si así todo termina/ en esta poca neblina de memorias;/ si en la hora que torpe o en el suspiro/ del frangente se cumple cada destino”)<sup>38</sup>. Por más que la meta esté ahí cerca, visible, no logran mirar lejos, ni contactarse con ellos mismos.

Nace espontáneamente un fuerte sentimiento de compasión que no es solamente el compartir el dolor; en algunos casos tiene la cualidad indulgente y benévola de la piedad. Pero una vez más las palabras de Montale sugieren no aflojar: “Quisiera antes de ceder marcarte/ con este camino de fuga/ lábil como en los campos arados /espuma del mar o surco)...”<sup>39</sup>.

## 7- El espejo

Estamos todos cansados de soledad, de máscaras, de vacío comunicativo, como también de atravesar frecuentemente telas de araña de agresividad, de violencia y sentimos que seguir adelante un paso más podría significar llegar a un punto sin retorno; queremos detenernos y **recuperar compañías, autenticidad, palabras, reconstruir lazos, producir una condición pacífica entre nosotros, seres humanos.**

Humildemente pensamos que conocer la mediación y hacer la experiencia de un proceso de mediación pueda ayudarnos en esta dirección si realizamos **la mediación como un encuentro, descubrimiento, acercamiento entre las personas.** El Otro, reificado, cosificado, objeto de nuestro yo, con el que se instaura solamente una relación instrumental, se transforma él también en sujeto, rostro que ve y es visto, expresión de la

<sup>36</sup> G. Leopardi, La Ginestra o la flor del desierto, en Cantos, vv. 129-131.

<sup>37</sup> “Un hermano ofendido es más inexpugnable que una ciudad fortificada”. Antiguo Testamento, Libro de los Proverbios, 18,19.

<sup>38</sup> E. Montale, Casa sobre el mare, en Huesos de sepia.

<sup>39</sup> Ibid.

infinidad y de lo inasible del Otro; sugiere Derrida ir en búsqueda de una filosofía del rostro, la “metafísica del rostro como epifanía del Otro”<sup>40</sup>.

**La distancia y la pérdida, que son experiencias que nos pertenecen en tanto seres humanos y que han señalado precozmente nuestra existencia, son reactivadas dramáticamente todas las veces que vivimos una situación de conflicto, especialmente si esta involucra a otro al que estamos muy ligados.**

Habíamos empezado a alejarnos y a perdernos mucho tiempo antes, en varios momentos, de los que no logramos recuperar el recuerdo y ahora que sentimos cerca la pérdida, no logramos atraparla. El dolor se hace intolerable y odiamos a quien parece que nos haya conducido a esta zona insoportablemente dolorosa. Sentimos que quiere hacernos morir a nosotros y a nuestra historia en común. Es el enemigo, el culpable, el agresor. Con el pasar del tiempo se convierte en una categoría y lo definimos utilizando toda una serie de juicios y el juicio es un modo de clavar al otro en un rol, en una posición.

Este posicionamiento resulta inaceptable, la reacción es rabiosa y activa la misma operación categorizadora, que juzga nuestro obrar. En la interacción concreta, diaria, es difícil establecer el tiempo y el lugar en el que esto empezó; aquello que se nos presenta es este progresivo endurecimiento, esta petrificación que esconde los elementos vitales evolutivos, transformadores, de uno y del otro. **Cada uno, en algún modo, ha usado una especie de anestesia de las necesidades vitales, ha inútilmente esperado un reconocimiento de ellas y, frente a las desilusiones, ha transformado la demanda en ofensa, la comunicación en silencio.**

Pero nada de las antiguas y diversas emociones se ha perdido; lo que se ha perdido es la posibilidad de definir las con el nombre propio y, redefiniéndolas, devolverles su ciudadanía en aquella particular historia. Todo aquello que no logra verbalizarse (objeto, evento, estado de ánimo, emoción, imagen...), todo eso que no es traducido en lenguaje termina por no ser removido por la experiencia; y si no es removido, significa que un grumo negro todavía no pensado, elaborado y metabolizado, un cáncer adentro, sin saberlo, nos está carcomiendo y desencarnando el alma.

Darle a ellos el nombre, darle a ellos la voz, permitirles que se expresen, es aquello que se realiza en mediación a través del instrumento del espejo<sup>41</sup>.

El espejo puede ser nítido, puede ser opaco; a veces puede deformar la imagen; esto sucede cuando agregamos a aquello que los otros nos están ofreciendo, partes de nuestra experiencia, que pueden ser provisorias interpretaciones, rígidas evaluaciones.

Cuando eso ocurre, muy probablemente estamos frente a la dificultad de acoger: pensamos, por ejemplo, en un contenido particularmente

<sup>40</sup> J. Derrida, *Violencia y metafísica*, en *La escritura y la diferencia*, Einaudi, Torino 1971, p. 116.

<sup>41</sup> Sin embargo en otros ámbitos, es conocido que Lacan elaboró la teoría del «estadio del espejo»: el niño se reconoce a sí mismo como unidad sólo a través de la propia imagen reflejada en un espejo: el hombre se humaniza a través de lo simbólico, es decir, el lenguaje.

significativo que insistentemente nos golpea, nos repite el eco de experiencias no elaboradas, vivencias respecto a las cuales no hemos tomado la justa distancia. En este caso, será difícil de tener entre las manos y dejarnos resonar y, casi ciertamente, lo que restituyamos será “deformado” por partes que nos pertenecen.

Por esto, se acostumbra decir que en mediación funcionan los espejos nítidos “jóvenes” o los espejos “antiguos”, sobre los que la imagen reflejada es menos nítida, fuera de foco, de contornos inciertos, en algunos aspectos histórica.

Pensemos a ciertos espejos de nuestros abuelos; cuando nos miramos es como si lográramos recoger un número indefinido de imágenes históricamente sobrepuestas.

El espejo y quien se mira se reflejan recíprocamente y históricamente.

El antiguo espejo, ya opaco, refleja una luminosidad especial, similar a la que se puede descubrir en los ojos de un viejo sabio con el rostro marcado por arrugas.

## 8- Qué es la mediación

Todas las veces que me presentan así, esquemáticamente, la pregunta, confieso que no sé responder. Busco como punto de referencia las definiciones contenidas en los sagrados textos sobre el argumento y las encuentro conceptualmente correctas y, con todo, siento que están lejos de mi experiencia de mediador.

Será tal vez porque muchos de los que estudian la mediación no pusieron nunca un pie en una sala de mediación, será porque se piensa que pertenecen al mismo orden conceptual la negociación, la conciliación, el arbitraje, o tal vez, mucho más simplemente, la razón de esta dificultad consiste en el hecho que cada definición, justamente por motivo de su carácter generalizador y categorizador, excluye o no logra contener la vasta gama de las reiteradas experiencias, humanas actuadas conflictivamente.

Comúnmente se mira el encuentro de mediación como una representación teatral en la que se desarrolla un ritual trágico bajo la mirada directiva del mediador, un drama al que él no pertenece, pero que de algún modo dirige, del que mantiene la dirección, orientando hacia la solución o resolución de la historia, reservándose para sí un espacio de neutralidad.

**Los mediadores-negociadores utilizan con gran orgullo el término neutral, indicando la posición privilegiada al vértice de un triángulo a través del cual son canalizadas todas las comunicaciones,** devueltas - embebidas de conocimientos, de competencia, de poder - a las dos partes en conflicto que están ahí, frente a ellos, incapaces de comunicar y que, **a través de este vehículo comunicativo, reencuentran la capacidad de retomar un diálogo.** Neutro es el adjetivo que indica este estar del otro lado, en una zona casi aséptica, tan querida por los mediadores de cierta estampa.

Esta habilidad de decentramiento es algo que difícilmente percibo frente a las partes. Me viene en cambio a la memoria la figura del *ànghelos*; **en la tragedia griega el *ànghelos* era aquél que llegaba a la escena y contaba todo lo que había sucedido en otro lugar, traía un mensaje**; como dice Vincenzo Consolo: “yo soy el mensajero, el *ànghelos*, soy vuestro medium, a mi fue confiado el deber de la narración: conozco los nexos, la sintaxis, las ambigüedades...”<sup>42</sup>. Así, **el mediador debe hacer de *medium*, restablecer la narración suspendida, recoger las ambigüedades, encontrar los nexos de una comunicación interrumpida.**

Es otro el ritual que se desarrolla bajo mi mirada cuando tomo parte directamente y que **parece el antiguo rito de amasar el pan**. Es como si tuviéramos que preparar sobre la mesa delante nuestro, los elementos esenciales para mezclar, girar y volver a girar, trabajar entre las manos, hasta **obtener algo que no es la suma de los elementos sino un nuevo producto que fermenta** y que se transforma en algo útil, esencial para continuar a vivir.

Todos, mediados y mediadores, se ensucian las manos en esta operación antigua y extraordinaria que es hacer el pan.

Entre nuestras manos y bajo nuestros ojos crecen levantan nuevos proyectos, nuevas esperanzas a partir de la esterilidad y del esfuerzo; a partir del conflicto que esteriliza la esperanza de poder retomar el camino.

Esta sensación evoca la imagen de las mujeres de otro tiempo de nuestra tierra las cuales, antes del alba, con el cansancio de los días siempre iguales, con la incertidumbre del mañana, con el coraje de la dedicación cotidiana, preparaban lo esencial para los días que vendrían. Siento que todas estas emociones se evocan en la sala de mediación todas las veces que dos personas, cansadas de una cotidianeidad desgastante, inciertas en su proyecto de futuro, reconquistan el coraje de compartir la reconstrucción de su relación y aprontan lo que es esencial para continuar un largo camino.

La expresión *ensuciarse las manos* se vuelve a encontrar, más o menos con los mismos significados, en un artículo de Eligio Resta donde dice:

Estamos entonces en este espacio real, entre los dos extremos dentro de los cuales la *medietas* conquista la posición difícil pero rica del estar en el medio, del compartir, de la pertenencia común; no espacio de sustracción, como aquél ocupado por el juez que tiene que perder la propia identidad y disfrazarse, confundiendo, en el espíritu de la ley. En esto hay una fuerte sugerencia modernamente, de abandonar en la mediación la ilusión hipócrita y analíticamente incorrecta de la terceridad y de la imparcialidad. La virtud del mediador es la de estar en el medio, de compartir, y hasta de ensuciarse las manos. (...)

Dicho en una fórmula, mientras el juez es pensado en los sistemas modernos *como nec utrum, ni uno ni el otro*, neutro justamente, el mediador debe ser *esto y aquello*, debe perder la neutralidad y perderla hasta el fondo. Sólo así se realiza su identidad como diferencia respecto del juez, pero se realiza su diferencia como identidad, respecto de las

<sup>42</sup> V. Consolo, *L'olivo e l'olivastro*, cit., p. 39.



partes. Mientras las partes litigan y no ven más que su propio punto de vista, cada uno en forma simétrica y opuesta respecto a la otra, el mediador puede ver las diferencias comunes a los litigantes y recomenzar de allí, trabajando para que las partes retomen la *comunicación*, justamente el *munus* común entre ambas. Solamente gracias a esta diferencia respecto del juez, a esta su intrínseca *parcialidad*, el mediador puede encontrar *remedio* al conflicto. Aquí el medio vuelve a ser medio para resolver los problemas, exactamente como el *medicus* lo es gracias a su conocimiento respecto al mal. En esto la cura y la medicina recuerdan de qué manera todo es fruto de una actividad totalmente occidental de un *med*, típico de la meditación que ha descubierto la instrumentalidad del pensar. Pensar significa encontrar remedios o al menos esto nos sugiere una semántica que ha excluido, pero no eliminado, otros significados, El mediador es entonces *medio* para la pacificación, remedio para el conflicto gracias al estar entre los contendientes, ni más arriba ni más abajo, pero en medio de ellos...<sup>43</sup>

## 9- El espectáculo de las emociones

“El mundo de las emociones, que es el del conflicto, no puede descifrarse más que a través de los símbolos (...) Si ellos no son comprendidos, la imagen permanece inútil. Si nosotros ignoramos **la dimensión simbólica en la expresión del sufrimiento**, no podremos nunca llegar al corazón del sufrimiento. Es necesario reencontrar una geografía sagrada que ofrezca un espacio-tiempo solamente capaz de recibir la historia del sufrimiento humano que es la historia del hombre desde sus orígenes (...) **La mediación se vuelve la escena que recibe esta representación**”<sup>44</sup>.

Se trata cada vez de una representación dramática en la que los protagonistas se encuentran frente a elecciones trágicas, que son aquellas en las que es imposible elegir el camino que conduce hacia la solución, el fin; y la razón no ayuda a elegir la dirección ya que **“el drama se sitúa en niveles profundos del alma**”<sup>45</sup>.

La razón no orienta la acción y los protagonistas parecen endurecidos, imposibilitados de proceder, la mirada vacía incapaz de ir lejos a reencontrar proyectos fragmentados.

La intolerancia de esta fijeza, de esta rigidez lleva a un grito violento, lacerante, sufriente; pero todo **esto es necesario que suceda: reintegrar el dolor, restituyendo entonces la dignidad ontológica del ser y la fuerza dinámica de producir cambios es lo que permite trascenderlo**, ir más allá de la zona que entrapa, hacia un camino en el que la libertad consistirá en

<sup>43</sup> E. Resta, Juzgar, conciliar, mediar, en «Política del derecho», a. XXX, n. 4, diciembre 1999.

<sup>44</sup> J. Morineau, L'Esprit de la médiation, Erès, Paris 1998, pp. 73-74.

<sup>45</sup> Ivi, p. 83.

**reconocer, nombrar, hacer presente las emociones que están en la base de la experiencia del conflicto.**

Para hacer esto es necesario saber albergar las emociones; el mediador siente y, a través de una suerte de resonancia, puede devolver a cada uno la imagen reflejada de sus dificultades permitiendo al otro recibirla y empezar a reconocer algo distinto.

Es la experiencia de tocar el centro.

**La mediación, entonces, es expresión y transformación;** casi un camino hacia la catarsis; como en la tragedia griega: esa sensación de alivio y de serenidad que se siente cuando se desenlaza el caso dramatizado; y es el público quien se beneficia con esta emoción. Pero en la sala de mediación ocurre un evento muy singular: son los actores mismos quienes se benefician; o mejor: los actores que se transforman también en espectadores. Y es a través del instrumento del “espejo” que logran observarse y - observándose – focalizar mejor la sintaxis de su historia, las ambigüedades de las elecciones, la parcialidad de sus razones: lo que antes parecía cristalino ahora vacila; la plenitud de sí mismo, vista con mirada distanciada, abierta a todo y no sólo a la particularidad, aquella plenitud se desinfla observando la propia finitud; la certeza de la propia razón que se mira en el espejo encuentra su inconsistencia: porque frente al espejo nuestro ceño nos ridiculiza. Sin embargo, en las propias debilidades la humanidad reencuentra su heroísmo; el personaje en busca de autor se reencuentra a sí mismo, cae la máscara. A nosotros modernos nos falta la suerte de un *deus ex machina*:

Nadie nos salvará, y no será un truco teatral lo que desate el nudo de la historia. **El mediador no resuelve el problema, no lleva la justicia donde se necesita: no es él el *deus ex machina*. Las razones debemos encontrarlas dentro de cada una de las partes, continuamente; al máximo, el mediador actuará de obstétrico, de *maieutikòs*<sup>46</sup>.**

El aspecto preparatorio de esta acción hace de la mediación la escena de lo posible: la posibilidad reencontrada de reconocerse y de reconocer al otro, de restituirse la autenticidad, de orientar la mirada más allá. Y más allá tiene que ver con la zona que está más allá de la trampa de lo no dicho, más adelante en el tiempo, en los sitios del futuro, en la dimensión de la realidad .

El proceso de mediación se convierte, así, en un **proceso creativo, un sitio simbólico de metamorfosis** en el que renace el sueño y se renueva el deseo de palabras nuevas, de gestos reencontrados, en el que lo posible puede hacerse realidad. Es la zona de pasaje de una realidad pantanosa, negativa, dolorosa a otra rediseñada, proyectada, todavía toda por reconstruir; la zona de la realidad imaginada que se animará afuera de la sala de mediación, en las conciencias, en las vidas de las personas.

Es la zona en la que de desarrolla el **ritual de la transformación** en el que el barullo del desorden deja lugar al silencio doliente, el peso del sufrimiento se libera de las amarras la historia retoma la acción, y más: cada uno puede alejarse de la escena, liviano.

<sup>46</sup> La mayéutica (el arte de las comadronas y obstétricas) era la técnica usada por Sócrates con sus discípulos.

El espectáculo termina aquí, dejando rastros, resonancias.

Y en esta metáfora de la mediación como espectáculo de las emociones, no nos queda sino cerrar con una imagen de fuerte impregnación escénica, casi un lugar en la bitácora, en el relato del viaje. En el dialecto napolitano hay un término para indicar un pañuelo más o menos grande o un repasador de cocina que, tiempo atrás, los campesinos u otros trabajadores de humilde condición social usaban para envolver el pan, tomates, queso, ese poco alimento que les bastaba para el día. Lo ubicaban en el centro y anudaban en diagonal las puntas, haciendo una especie de bolsa, un contenedor; se preparaba “a mappatella”, un atillo que generalmente se llevaba en la mano o sostenida por un bastón al hombro.

La imagen de esta figura que se aleja, como en una esfumado escénico, produce una emoción profunda: cada uno lleva lo necesario para vivir; la mappatella, el atillo, además de contener el pan, contiene el esfuerzo y la esperanza, el dolor y la alegría, la liviandad y el peso, la ignorancia y la sabiduría.

También el mediador lleva con él su gran pañuelo anudado, abierto y vuelto a cerrar ininidad de veces, conteniendo pocas cosas: lo necesario para compartir un encuentro a lo largo del camino.